

NOTAS DEL CATEDRÁTICO



... ¡Lucidos estamos si acaso la vida tiene un sentido trascendental! Tendría gracia que hubiésemos venido á este mundo para algo ó determinado ó preconcebido ó siquiera útil. Cuanto más voy viviendo, más me convenzo de la perfecta inutilidad del vivir. La prueba de que la humanidad es cosa perfectamente innecesaria, es que, cuando desaparece un hombre, nadie lo nota, ni se perturba en lo más mínimo el conjunto que hemos dado en llamar vida universal. Y una agrupación en que, miembro por miembro, todos somos innecesarios, es perfectamente inútil en sí misma. Sin embargo, vivimos, es evidente. ¿Por capricho de alguien? Parece un poco extraño que nadie haya podido tener el capricho de crear hombres por

sólo el gusto de verlos moverse sobre la superficie verde, azul ó gris de un planeta, moverse sin sentido, y alegrarse y dolerse y reír y llorar por cosas que no lo merecen, puesto que, al cabo, al mismo que las ha sufrido ó gozado se le olvidan, lo cual prueba que no tuvieron nunca existencia real, porque todo lo que una vez ha sido no puede nunca dejar de ser, científicamente hablando. Claro es que los hombres también tienen á veces por entretenimiento y diversión el crear muñecos con apariencia de reales; pero á los que se dedican á este sport, el mundo los designa con la palabra poeta, sinónimo de loco. Y si la humanidad está creada para el único y baladí propósito de que viva, preciso es admitir que la potencia creadora es tan poeta como el más loco de los hombres.

* * *

... Todo lo cual en modo alguno puede conducirnos al pesimismo: sería darle demasiada importancia á un problema, ponernos tristes, porque no le encontramos solución: la tristeza es una implícita confesión de impotencia ¿y podemos, en realidad de justicia, llamarnos impotentes por no alcanzar á penetrar lo que

acaso no sea sino superficie? Además, en los contactos superficiales es donde existe toda la voluptuosidad: vayamos, pues, rozando estas superficiales apariencias con lentitud y placidez que transformen el roce en caricia; cuando no se le piden peras al olmo, toda caricia es mutua, y el que va con deseo de acariciar se siente inevitablemente acariciado. ¿Quién podrá decir si los ojos acarician la belleza en las formas ó si las formas acarician nuestros ojos por mediación de su belleza? Toda intención afectuosa, todo movimiento benévolo hallan su recompensa inmediata en esta inevitable reciprocidad. Y así vamos pasando la vida, lo mejor posible: hay tantos menudos placeres, que bien podemos afirmar que existe un gran placer ambiente que nos obliga á sonreír á pesar nuestro: placer en la actividad ordenada del cuerpo; placer en el reposo; placer en esa misma inquietud de espíritu que nos pide ciencia y nos lleva á buscarla por los voluptuosos laberintos del estudio; placer en la mujer que pasa, en la risa que suena, en la salud, en la convalecencia, hasta en la enfermedad, por el goce sutil que nos produce la lástima mimosa que á nosotros

mismos nos inspiramos; placer en el dolor ajeno, ciertamente que no considerado como sufrimiento en otros, sino como falta de sufrimiento en nosotros mismos; porque bien dicen las gentes que creen: cada mal de los que vemos pasar en el mundo es un beneficio que debemos agradecer á Dios.

En resumen, la vida es una gratísima utilidad, que á la hora presente se tiñe para mí de una no menos grata melancolía. Voy para viejo: esta es una apariencia que tiene todo el aspecto de una triste realidad, pero estoy sano, y puedo recordar todo un pasado amable: infancia curiosa, juventud con todos sus fuegos de amor y de entusiasmo. Claro es que llamo amor al dulce trato con la florida y suave carne de mujer, porque de la existencia de la pasión fatal, me permito dudar levemente: tal vez esto consista en que he sido siempre hombre sano y enemigo de excesos, tanto alcohólicos como metafísicos; y sin estar siquiera levemente dañado por el alcohol ó por la manía especulativa, creo que sea difícil sucumbir á ese mal de tristeza y locura que hemos convenido en llamar apasionamiento. Ahora, como he dicho, voy para viejo: mis curiosida-

des científicas me llevan las horas; doña Ramona es fea, y lo ha sido siempre, aunque ella, que no sabe de líneas ni ha oído hablar de Grecia, se figure otra cosa; verdad es que á no haberlo sido no la hubiera guardado yo veinte años por ama de llaves, porque la casa se ha hecho para trabajar, y nunca ha entrado en mi plan de trabajo tener la tentación á domicilio; es fea, indudablemente, pero guisa muy bien, y tiene un arte especialísimo para encender las chimeneas sin que hagan humo; Teófilo es una especie de índice vivo; yo soy fanático del orden material, y con este chico he resuelto el problema de tener todas mis cosas ordenadas, sin tomarme el trabajo de ponerlas yo mismo en su sitio; además, tanto me agradece lo poquísimo que le doy, que á días me proporciona la amable ilusión de creer que estoy realizando, con sólo mantenerle y vestirle, una acción generosa, y así de cuando en cuando puedo bañarme en complacencia al considerar mi propia filantropía. En la Universidad se van sucediendo generaciones de estudiantes, que aunque siempre me parecen los mismos, me distraen también siempre por su invariable incompre-

sión: de cuando en cuando brota un curioso de buena fe, un sediento de ciencia, un ansioso de certidumbre; entonces la comedia se complica un poco, porque yo tengo un leve espíritu de contradicción, y allí donde veo una fe me complazco en sembrar una duda, no por maquiavelismo, sino por la absoluta seguridad en que estoy de que debemos dudar de todo, hasta de nuestra misma duda; y hay duelos silenciosos entre la cátedra y el banco, y, cosa extraña, tanto gusto me da vencer al discípulo ilusionado como que el discípulo me venza á mí. Lo curioso es que estos tales alumnos se figuran siempre que les tengo un odio personal—tan difícil le es al hombre separar la pura idea de la idea del concepto de la persona—y suelen sorprenderse no poco con el sobresaliente que invariablemente les otorgo á fin de curso. Claro que no me lo agradecen, ni á mí me hace falta, porque basta para mi contento la idea del que ellos se llevan, pensando que su mérito es tan indiscutible que me ha forzado á hacerles justicia á pesar del odio.

Los elementos de mi vida se combinan, pues, y cuajan en un cristal, no di-

gamos rosado, porque los cuarenta y cinco años son difíciles de ilusionar, sobre todo para un hombre que no tiene costumbre de ilusionarse, pero sí de un ópalo bastante agradable: me moriré, sin duda, puesto que parece que eso del morir es cosa inevitable, pero aun no me quiero acordar de que me tengo que morir, y puede que, llegándome la hora sin haber tenido ocasión de acordarme, no sienta el dolor del acabamiento. Por ahora, con los fuegos razonablemente apagados, vamos viviendo al sol, y cuando falta, calentándonos las manos á la lumbre de la chimenea.

Siempre he dudado bastante de la capacidad de las mujeres para la investigación científica, y me han atacado un poco á los nervios estas muñecas que se entran por las Universidades á caza de un título que prenderse en el moño, como si no tuviesen bastante para su emperijolamiento con todas las flores que Dios cría y todos los lazos que el diablo inventa. Siquiera cuando estudian Filosofía ó Leves, menos mal: ellas son sutiles de suyo, y comprendo que gusten de divertirse, con la mayor se-

riedad académica, por los laberintos de sutileza en que pensadores y legisladores han ido enmarañando á todo sabor la madeja del argumento en pro y en contra. Pero Ciencias... verdad es que á la facultad de Ciencias pocas vienen, porque ¿qué les importa á ellas la verdad? Yo, en mi larga historia de catedrático, hasta la hora presente, no había disfrutado más que una: me acuerdo que era rubia, con lentes, un poco contrahecha y muy flaca; recuerdo también su insoportable aplicación; raro el día en que no me tenía un cuarto de hora en la tremenda corriente de aire del rincón del claustro consultándome alguna «duda» que se le había ocurrido al salir de clase. Recuerdo que casi me hizo renegar de mi culto á la duda, porque bueno es dudar, pero no tanto; recuerdo que la tomé un aborrecimiento cordial, porque después de dudar tan asiduamente, no logró sacar en limpio un solo cristal de la asignatura, y recuerdo que la aprobé, contra todas las voces de mi conciencia, en junio, el primer curso de Cristalografía y en septiembre el segundo, por lograr la delicia de no volverla á ver. Beatriz se llamaba la cuidada, y desde aquella época le tengo

cierta antipatía al Dante, que había sido una de las pocas admiraciones literarias de mi juventud.

Esta de ahora es de otra especie: fruto de una familia pedagógica, pero fruto lozano en apariencia física, lo cual no deja de ser excepcional, porque casi todas las hijas de padres pedagogos suelen tener, acaso por exceso de higiene, un cierto colorcillo de marfil viejo, que más bien incita á la contemplación mística que á la delectación puramente admirativa; ésta, como digo, es de muy buen color, y tiene unos ojos negros que son como el compendio de toda curiosidad; comprendo que si esos ojos suyos son reflejo del alma, se haya inclinado camino de la investigación, porque no parece sino que están á cada momento preguntando ¿por qué? ó ¿para qué? Ya la había yo visto circular por los claustros, pero sin reparar gran cosa en ella, y tenía noticias de su claro ingenio, como dice mi amigo el catedrático de Química general, que se las da de hombre que conoce sus clásicos. Temíala pizpireta, y aun algo marisabidilla, pero con todas sus matriculas de honor es de una timidez portentosa, y se turba con sólo oír que se la nombra al pasar lista:

esta es una buena cualidad femenina, que me regocija encontrar en una futura compañera de borla.

Después de todo, tiene su lado bueno esto de que las mujeres frecuenten las Universidades, siempre que sean de buen ver, como ésta: se habla con toda seriedad de adornar las salas de clase con reproducciones de obras maestras, tanto de pintura como de escultura, para desarrollar en el espíritu de los alumnos el amor á lo bello, y contrarrestar lo que de agostadora pudiera tener la aridez de ciertos estudios con el rocío refrigerante de la contemplación artística: no me parece mal, pero con menos gasto, pienso yo que pudiera lograrse el mismo fin, procurando la matrícula de unas cuantas chiquillas bonitas y con cara alegre. Temo que toda mi antipatía hacia las mujeres que buscan la sabiduría pudiera consistir en la mala impresión que dejó en mi ánimo la contemplación diaria de aquella Beatriz contrahecha, y de otras Lauras y Eloisas de no mucho mejor aspecto, que he visto vagamente al pasar por las aulas de mis compañeros.

Toda filosofía no es sino un instinto de justificación, ó un modo de consuelo; y la misión docente de los llamados sistemas filosóficos no es de seguro pretensión de quien los formula, sino alucinación de quienes los escuchan: los de fuera proclaman maestra á aquella voz que creyó levantarse en la soledad, y que fué sencillamente confesión de un remordimiento ó alarido de un pensamiento atormentado; y el primero que se sorprende es acaso el cuitado autor de las palabras, que ve sus ayes trocados en dogmas. Esto se me ocurre á propósito de una teoría que hace días me complazco en ir edificando, y que tiende á parecerme luminosa y razonabilísima, únicamente porque me conveniría que así lo fuese. ¿Qué es el determinismo, sino un ansia de ver trocadas en leyes naturales é ineludibles las flaquezas en que nos es dulce caer? ¡Justificación, justificación...!

En resumidas cuentas, esta pretensión mía es tan justificable como otra cualquiera, y mi teoría es como sigue. En los primeros años de la vida consciente, deslumbrado el espíritu por el paso

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

desde la obscuridad de la nada á la luz relativa de la realidad, tiende por ilusión de óptica á ver el mundo y los acontecimientos de colores azul, oro y rosa; no suele haber luz sin calor, y el mismo foco en que se engendran las susodichas ilusiones ópticas, pone en la sangre una ficción de llama y en el cerebro un rescoldo caldeador de todo viento que por él acierta á pasar; poco le basta entonces al hombre para ser feliz; no ha menester su inteligencia grandes verdades ni su corazón hondos afectos; bástanle, por lo tanto, las generalidades en la ciencia, y en el amor la galantería. Pasan así los ilusionados años que pudiéramos llamar en flor, y llegan los veinte de producción y fruto; el inmaduro espíritu va sazónándose y tomando posesión de sí mismo; ya pide verdades de más consistencia, para dar sentido á su producción; en esta época las dulces mentiras del amor están casi de más en la vida del hombre, ya que tiene la mente hartó ocupada en echar leña á la hoguera de su individualidad; el trato carnal se limita en sobriedad higiénica y razonable, y las ilusiones no las ha menester quien piensa y trabaja. Pero llega, con el límite extremo de la

madurez, un poco de fatiga y un mucho de escepticismo: el hombre considera su obra, y comprende que, aunque buena en el sentido de haberse realizado con la mayor perfección posible, es deleznable por innecesaria; no le duele por cierto haber gastado veinte años de su vida en realizarla, pero comprende que no es capaz de seguir empleando toda su actividad de cuerpo y espíritu en la realización de un bien ficticio. ¿Caerá entonces en la melancolía ó en el pesimismo á que arrastra inevitablemente la ociosidad anímica? Cierto que así sucede en muchos casos, mas no debiera suceder, si en el límite de la vida activa hallaran el cuerpo aun fuerte y el espíritu todavía sano, la ilusión de amor; esta es la hora, y no la de la loca juventud, para refugiarse en la sombra del bosque encantado, á orillas del camino. ¿Tiene alguien derecho á descansar antes de estar siquiera levemente fatigado? Los brazos amantes de la mujer se han considerado en todo tiempo dulce corona de vencedores: para el hombre que «certamen certavit», no digamos bueno, como el apóstol, pero siquiera sincero ¿no está bien que disponga la vida una amable corona de vencedor,